

Carsten  
Henn

EL HOMBRE  
QUE PASEABA  
CON LIBROS

*Traducción:*  
ELENA ABÓS



MAEVA

# 1

## Su propio jefe

HAY QUIEN DICE que los libros encuentran a sus lectores; sin embargo, a veces necesitan que alguien les muestre el camino. Así ocurrió aquel día a finales del verano en la librería A las puertas. A pesar de su nombre, el establecimiento se encontraba a más de tres manzanas de las puertas de la ciudad o, más bien, de lo que quedaba de ellas, pues los restos eran tan escasos que casi todo el mundo los tomaba por una excéntrica obra de arte moderno.

Se trataba de una librería muy antigua, edificada y ampliada a lo largo de distintas épocas, tal como reflejaba la combinación de mampostería y florituras de yeso con aburridos ángulos rectos. La mezcla de pomposidad y sobriedad que resultaba de la combinación de detalles antiguos con otros modernos caracterizaba tanto el exterior como el interior del edificio. Allí convivían expositores de plástico rojo llenos de DVDs y cedés junto a estanterías de metal para los mangas, vitrinas relucientes que alojaban globos terrestres y elegantes baldas de madera pulida para los libros. La oferta de productos incluía juegos de mesa, papelería, té y, en los últimos tiempos, incluso chocolate. La sala, con sus muchos recovecos, estaba dominada por un mostrador

macizo y oscuro, de estilo barroco, al que los empleados se referían como «el altar». En la parte frontal destacaba la talla de una escena de una cacería campestre: un grupo de cazadores a lomos de magníficas monturas y acompañados por una reala de perros vigorosos perseguía a una piara de jabalíes.

En aquella librería acababan de formular la pregunta que justifica la existencia de todas las librerías del mundo: «¿Podría usted recomendarme un buen libro?». Ursel Schäfer, la persona que acababa de pronunciar esas palabras, sabía perfectamente en qué consistía un buen libro. En primer lugar, un buen libro la entretenía de tal forma que se quedaba leyendo en la cama hasta que se le cerraban los ojos. En segundo lugar, la hacía llorar al menos en tres, no, mejor en cuatro pasajes. En tercer lugar, no tenía menos de trescientas páginas, pero en ningún caso más de trescientas ochenta. Y, por último, la cubierta no podía ser de color verde. Una no podía fiarse de los libros que mostraban esa carta de presentación, como bien sabía después de varias experiencias amargas que le había tocado padecer.

—Con mucho gusto —respondió Sabine Gruber, encargada del negocio desde hacía tres años—. ¿Qué tipo de libros le gustan?

Ursel Schäfer no quería responder; lo que deseaba era que Sabine Gruber lo supiera sin preguntar, pues para algo era librera y, por tanto, debía venir equipada por naturaleza con una buena dosis de clarividencia.

—Si usted me nombra tres conceptos, le encontraré algo adecuado. ¿Amor? ¿Sur de Inglaterra? ¿Un buen novelón? ¿Qué me dice?

—¿No estará por ahí el señor Kollhoff? —preguntó la clienta con un deje de intranquilidad en la voz—. Él siempre

sabe lo que me gusta. Bueno, siempre sabe lo que le gusta a cada cliente.

—Lo siento, hoy no está. Ya solo trabaja de vez en cuando en la librería.

—Qué lástima.

—A ver, aquí tengo algo para usted. Una saga familiar que transcurre en Cornualles. Mire, en la cubierta se puede ver la maravillosa residencia de la familia, rodeada de un parque enorme.

—Es verde —dijo la señora Schäfer con una mirada de reproche—. ¡Verde intenso!

—Bueno, porque gran parte de la novela transcurre en el hermoso parque del conde de Durnborough. ¡Las críticas han sido excelentes!

En ese momento se abrió la pesada puerta, que hizo sonar alegremente las campanillas de cobre que colgaban sobre ella. Carl Kollhoff cerró el paraguas, lo sacudió con un gesto automático y lo introdujo en el paragüero. Recorrió con la mirada la librería que consideraba su hogar en busca de los libros recién llegados, impacientes por llegar hasta sus lectores. Se veía a sí mismo como un coleccionista de conchas que paseaba por la playa y, de un solo vistazo, era capaz de descubrir unos cuantos hallazgos que estaban esperando que los recogiera y los liberara de los granos de arena. Pero en cuanto reconoció a Ursel, los libros pasaron a un segundo plano. Ella le sonrió calurosamente, como si Carl fuera una amalgama de todos los hombres encantadores de los que se había enamorado mientras leía las novelas que él le había recomendado a lo largo de los años. Sin embargo, el librero no se parecía a ninguno de ellos. La discreta barriga que tenía en el pasado había ido desapareciendo con los años, igual que el cabello, como si se hubieran puesto de acuerdo para abandonarlo a la vez.

Hoy, con setenta y dos años, estaba delgado, pero seguía llevando la misma ropa, que le quedaba grande. Su antiguo jefe decía que parecía que solo se alimentara de las palabras de sus libros, que tenían muy pocos hidratos de carbono. A lo que Carl replicaba que no tendrían hidratos, pero sí mucha sustancia.

Iba siempre calzado con unos zapatos pesados y recios, y llevaba un sombrerito de pescador con ala muy estrecha para protegerse los ojos de la lluvia y de los deslumbrantes rayos del sol. Excepto para dormir, no se lo quitaba nunca, ni siquiera en el interior, pues sin él no se sentía vestido del todo. Igual de raro era verlo sin gafas, cuya montura había comprado décadas atrás en una tienda de antigüedades. Tras los cristales se asomaban unos ojos inteligentes, que siempre daban la impresión de haber pasado demasiado tiempo leyendo con poca luz.

—Señora Schäfer, cuánto me alegro de verla —dijo mientras daba un paso en su dirección. Ella hizo lo mismo y se alejó de Sabine Gruber—. ¿Me permite que le recomiende un libro que quedaría precioso en su mesilla de noche?

—El último me gustó mucho, sobre todo el final, cuando se miran a los ojos. Un beso habría sido aún más bonito, como ponerle un broche de oro. Pero me conformé con la mirada.

—Esa mirada era casi más intensa que un beso. Algunas lo son.

—¡Cuando beso yo, no! —dijo Ursel Schäfer, que en ese momento se sintió deliciosamente picarona, lo que ocurría muy pocas veces.

—Este libro —dijo Carl mientras tomaba un ejemplar de la pila del mostrador— la está esperando a usted desde que lo sacamos de la caja. La historia transcurre en la Provenza y cada una de sus palabras despidе aroma a lavanda.

—¡Los libros de color burdeos son los mejores! ¿Termina con un beso?

—¿Acaso le he desvelado alguna vez el final de un libro?

—¡No! —Le lanzó una mirada de reproche y le quitó el libro de la mano.

Por supuesto, Carl nunca le había recomendado una novela que no tuviera un final feliz, pero no quería quitarle a Ursel el placer que le provocaba la curiosidad por saber si en esa ocasión sería distinto.

—¡Me alegro tanto de que existan los libros! —dijo ella—. ¡Espero que eso no cambie nunca! Las cosas cambian tanto, y tan deprisa. Ahora todos pagan con plástico. Cuando me pongo a rebuscar las monedas para abonar la cantidad exacta en la caja, ¡me miran raro!

—La palabra escrita permanecerá para siempre, señora Schäfer, porque hay cosas que no pueden expresarse mejor de ninguna otra manera. Y el libro impreso es el mejor método de conservación para los pensamientos y las historias. Por eso ha perdurado durante siglos.

Carl se despidió de ella con una sonrisa amable y atravesó una puerta tapizada con carteles publicitarios para entrar en la sala que servía de almacén y oficina a la vez. Su escritorio estaba ocupado por columnas de libros; el marco de la vieja pantalla de ordenador, cubierto con notas adhesivas amarillas, y el calendario anual que colgaba en la pared, repleto de anotaciones en rojo.

Sus libros se encontraban, como siempre, dentro de una caja de plástico negro en el rincón más oscuro de la sala. Antes ocupaban un lugar sobre el escritorio, pero desde que Sabine había sustituido a su padre al frente de la librería, la caja se iba alejando cada vez más hacia el rincón de más difícil acceso. Al mismo tiempo, cada vez estaba más vacío. Ya no

eran muchas las personas a quienes les llevaba libros. Cada año quedaban menos.

—¡Buenos días, señor Kollhof! ¿Qué me dice del partido de ayer? ¡Ni de broma fue penalti! Menudo árbitro, todavía estoy indignado.

Leon, el estudiante de instituto y nuevo empleado en prácticas, acababa de salir del pequeño aseo para los trabajadores acompañado por el humo de sus cigarrillos. Cualquiera otra persona sabía que no tenía ningún sentido hacerle aquella pregunta, porque Carl ni veía el telediario, ni oía la radio, ni leía el periódico. Según él mismo admitía en ocasiones, estaba un poco desconectado del mundo. Fue una decisión consciente, que tomó al darse cuenta de que los reportajes sobre líderes incompetentes, el deshielo de los casquetes polares y el sufrimiento de las personas desplazadas lo entristecían mucho más que el más trágico drama familiar en forma de libro. Había sido una medida de autoprotección, si bien es cierto que su mundo se había vuelto mucho más pequeño desde entonces. Ahora medía algo más de dos kilómetros de largo por dos de ancho, y Carl recorría sus fronteras a pie todos los días.

—¿Conoces el estupendo libro sobre fútbol de J. L. Carr?  
—preguntó Carl en lugar de opinar sobre el árbitro.

—¿Trata de nuestro equipo?

—No, del Steeple Sinderby Wanderers.

—No me suena. Pero, de todas formas, los libros no son lo mío. Solo los leo cuando no me queda más remedio. O sea, en el cole. Y si puedo ver la película en vez de leer el libro, mejor. —Esbozó una sonrisa pícaro, como si de aquella forma lograra engañar al profesor, en lugar de a sí mismo.

—¿Y entonces por qué estás haciendo las prácticas aquí?

—Porque mi hermana ya las hizo hace tres años, y además vivo a la vuelta de la esquina. —Lo que no dijo fue que los

que no encontraban un puesto para las prácticas tenían que ayudar al conserje del instituto, quien utilizaba esas dos semanas para vengarse. Les encargaba a los estudiantes todo tipo de tareas humillantes a modo de resarcimiento por las paredes pintarrajeadas, los chicles pegados debajo de las mesas y los restos de bocadillo en los arriates.

—¿Y a tu hermana le gusta leer?

—Después de hacer las prácticas aquí, sí que le gusta. ¡Pero a mí no me va a pasar lo mismo!

Carl sonrió, sabía muy bien por qué la hermana de Leon había empezado a leer. Su antiguo jefe, Gustav Gruber, que ahora vivía en una residencia de la tercera edad, sabía a la perfección cómo tratar con casos de aversión a la lectura como el de Leon y su hermana: los obligaba a limpiar el polvo de las tarjetas de felicitación, que iban en fundas de plástico individuales, una a una. Se aburrían tanto que terminaban agarrando un libro que él había dejado estratégicamente cerca. El señor Gruber había conseguido convertirlos a todos. También se entendía muy bien con los niños, que a Carl, sin embargo, se le antojaban seres extraterrestres. Esa impresión ya la tenía desde que él mismo era un niño, pero ahora le parecían más extraños y peculiares todavía, una sensación que se acrecentaba a medida que su infancia quedaba más lejos.

El viejo Gruber había enganchado a la lectura a la hermana de Leon con una novela en la que una joven se enamoraba de un vampiro. A Leon, que obviamente se encontraba en plena pubertad, lo habría atrapado con alguna historia que contara con una bonita adolescente en la portada y páginas ligeras de texto. Como el antiguo propietario solía decir: «No es importante qué se lee, sino que se lea». Carl no estaba de acuerdo con aquella máxima en todos los casos, pues



algunos pensamientos encontrados entre las tapas de un libro podían actuar como un veneno. Sin embargo, era más frecuente que las páginas tuvieran un efecto sanador; en ocasiones, incluso para dolencias que uno ni siquiera sabe que necesita curar.

Carl levantó con cuidado la caja de plástico del rincón. Solo contenía tres libros, que parecían bastante perdidos en su interior. Luego buscó papel de estraza y cordel para envolver cada uno individualmente, como si fueran un regalo. Para ahorrarse los gastos, Sabine Gruber le había dicho varias veces que no lo hiciera, pero él insistía porque eso era lo que esperaban sus clientes. Sin darse cuenta, Carl acariciaba cada libro antes de envolverlo con el grueso papel marrón.

Cuando acabó, cogió su mochila verde oliva del ejército alemán. Aunque se le notaban los años, se encontraba en muy buen estado gracias a los cuidados y al cariño con los que la trataba. Todavía estaba vacía, pero los pliegues mostraban que aquella no era su forma natural. Carl depositó con delicadeza los libros contra la robusta tela de la mochila, que había forrado con una suave manta de lana, como si los volúmenes fueran pequeños cachorros que iba a entregar a sus nuevos dueños. Dispuso los tres libros en la mochila de manera que el más grande quedara más cerca de la espalda y el más pequeño más alejado, para que así no se le clavara contra la columna.

Al salir, se paró y se volvió hacia Leon.

—Por favor, quita el polvo de las tarjetas de felicitación. La señora Gruber se pondrá muy contenta. Será mejor que las traigas aquí dentro, estarás más tranquilo. Yo siempre las limpiaba aquí, en mi escritorio.

Con un movimiento rápido dejó sobre la mesa *Fiebre en las gradas*, de Nick Hornby, que acababa de ver en un estante. En

la portada aparecía un campo de fútbol de un verde seductor, por lo que Ursel seguramente ni se dignaría a mirarlo.

CARL LO LLAMABA la ronda, pero en realidad se asemejaba más bien a un polígono dibujado sobre el centro de la ciudad, sin ángulos rectos, sin simetría. Los restos de la muralla, que se veían desde lejos como los dientes arruinados de un anciano, marcaban las fronteras de su universo. Durante treinta y cuatro años no las había traspasado; ese mundo contenía todo lo que necesitaba para vivir.

Carl caminaba mucho y pensaba tanto como caminaba. A veces le parecía que solo podía razonar correctamente mientras paseaba, como si los pasos sobre los adoquines fueran los que ponían sus pensamientos en marcha.

Al deambular por las calles uno no se fijaba, pero las palomas torcaces y los gorriones sabían que el perímetro de la ciudad era circular. Las casas y callejuelas antiguas se orientaban hacia la catedral, que se alzaba imponente en el centro. Si la ciudad formara parte de una maqueta de trenes eléctricos, uno pensaría que al construirla se habían equivocado con la escala de la catedral. Aquello se debía a que su construcción se había iniciado en una breve época en la que la urbe había sido muy rica, pero aquel momento de prosperidad pasó antes de que las obras se pudieran terminar, con lo que una de las torres nunca llegó a completarse.

Las casas se levantaban reverentes alrededor del templo. Algunas de las más antiguas incluso inclinaban ligeramente la cabeza ante él. En la zona frente al pórtico principal mantenían una mayor distancia, dando forma a la plaza más grande y hermosa de la ciudad, la Münsterplatz. En cuanto puso un pie en ella, Carl volvió a tener la sensación de ser

observado, como un ciervo en un claro del bosque a merced de la mirada del cazador y del cañón de su arma. Aquello lo hizo sonreír, pues por lo general no solía sentirse como uno de aquellos animales.

En la plaza, el olor de la ciudad era más intenso. En el siglo xvii había sido sitiada y, según la leyenda, un panadero había inventado la llamada rueda de polvo, un dulce con forma de neumático con radios relleno de crema de chocolate y espolvoreado con azúcar glas. El panadero se lo había ofrecido a los atacantes para transmitirles el deseo de los habitantes de la ciudad de que se marcharan. La realidad era que aquel dulce de alto contenido calórico no se inventó hasta doscientos años más tarde, lo cual estaba oficialmente documentado. A pesar de eso, la gente seguía difundiendo la vieja leyenda y los visitantes de la ciudad se la creían encantados.

Los pasos de Carl, lentos y uniformes, siempre recorrían y pisaban los mismos adoquines de la Münsterplatz. Si alguien se interponía en su camino, esperaba y luego aceleraba el paso para recuperar el tiempo perdido. Había dispuesto la ruta a través de la plaza de manera que se pudiera recorrer sin obstáculos, incluso en los días de mercado. Además, pasaba lo más lejos posible de las cuatro panaderías y sus ruedas azucaradas, pues ya no soportaba el olor de los pasteles grasientos y calientes.

Tomó la Beethovenstraße, que era más bien un callejón que no le hacía justicia al gran compositor. Un empleado de la Oficina de Planificación se había sentido realizado al bautizar a toda una barriada con nombres de compositores famosos, y había dedicado la calle más grande a Schubert, su favorito.

Carl no lo sabía, pero en ese momento se encontraba justo en el centro de su universo particular, que en dos de sus lados

estaba delimitado por sendas líneas de tranvía, el 18 y el 57. Aunque la ciudad solo contaba con siete líneas, aquella numeración la hacía parecer una metrópolis en términos de transporte. Por el tercer lado transcurría la autovía que iba hacia el norte, y por el cuarto, el río, que durante la mayor parte del año se contentaba con chapotear de forma pintoresca. Solo durante algunos días de la primavera insistía en salirse de su cauce, como un joven león que ruge de vez en cuando, aunque todavía no le haya cambiado la voz.

Su primer desvío del día lo condujo a la Saliergasse, a casa de Christian von Hohenesch. Su mansión de piedra oscura estaba retraída a unos metros de la acera, de forma que el transeúnte casual no solía fijarse en lo majestuosa que era. Se acurrucaba como un cisne negro agazapado, listo para desplegar sus magníficas alas. En la parte de atrás había un parque rectangular flanqueado por robles enormes, y en sus tres bancos se podía disfrutar de los rayos del sol sobre las páginas de un libro a cualquier hora del día.

Carl sabía que Christian poseía un gran patrimonio, pero no que era el ciudadano más rico de la ciudad. Nadie lo sabía, ni siquiera el propio Christian, ya que no solía compararse con los demás. Procedía de una familia de curtidores que había labrado su fortuna hacía muchas generaciones y que había conseguido no perderla con la llegada de la industrialización. Christian von Hohenesch no tenía que trabajar: sus acciones y depósitos ya lo hacían por él. Se limitaba a dar instrucciones a los administradores de sus bienes. Una vez al día, el ama de llaves acudía a su casa a cocinar y limpiar las pocas habitaciones ocupadas; una vez a la semana, el jardinero se presentaba para que la luz del sol siguiera llegando a las páginas de los libros; y una vez al mes, el servicio de mantenimiento. Y, cada día, de lunes a viernes, aparecía Carl con un libro nuevo

que Christian, por lo general, ya había terminado de leer al día siguiente. Hasta donde él sabía, aquel hombre no había cruzado las fronteras de su reino desde hacía una eternidad.

Carl llamó a la puerta tirando de una varilla de cobre que hizo sonar una grave campana en el interior de la mansión. Como siempre, pasó algún tiempo antes de que el dueño de la casa atravesara el largo y oscuro pasillo y entreabriera la pesada y chirriante puerta de madera. Christian von Hohenesch nunca salía. Era un hombre moreno, alto y apuesto, de pómulos nobles, mentón prominente... y una tristeza que lo cubría todo como un manto de polvo gris. Como de costumbre, vestía un traje azul oscuro de doble botonadura con una orquídea en la solapa, y los zapatos de cuero negro brillaban como si fuera a un baile en la ópera. Christian era mucho más joven de lo que la ropa que solía vestir sugería, solo tenía treinta y siete años. Pero había llevado trajes desde su más tierna juventud, le resultaban tan naturales como a otros los vaqueros.

—Señor Kollhoff, llega usted tarde. Habíamos acordado que vendría a las siete y cuarto —dijo Hohenesch a modo de saludo.

Carl inclinó la cabeza con naturalidad y sacó con mimo de su mochila el libro que le había encargado.

—Aquí tiene su nueva novela —dijo mientras recolocaba el lazo, que se había ladeado ligeramente durante el trayecto.

—Es una recomendación suya. Espero que haya acertado. —Hohenesch tomó el libro, pero no lo desenvolvió. Era una novela sobre la educación que Alejandro Magno había recibido de Aristóteles. Hohenesch solo leía obras filosóficas. Después le entregó a Carl la propina, que establecía según el peso de los libros, el cual había averiguado de antemano—. La próxima vez, vuelva a llegar puntual. La puntualidad es la cortesía de los reyes. Le deseo una buena tarde. Adiós.

—Yo a usted también, por supuesto.

Christian von Hohenesch cerró la pesada puerta. Y en aquel preciso momento pareció que la mansión sí estuviera desierta.

Al propietario le hubiera gustado charlar largo y tendido sobre libros y autores con Carl, a quien tenía por un hombre culto y de buenos modales, un espíritu afín. Pero con el tiempo había olvidado las palabras para formular una invitación. Debía de haberlas perdido en algún lugar de las muchas habitaciones con las que contaba su gran mansión.

Carl dejó atrás al señor Von Hohenesch, aunque, en realidad, era a otra persona a quien dejaba en su residencia. El librero veía las novelas reflejadas en el mundo real. Para él, la ciudad estaba poblada por personajes salidos de los libros, a pesar de que estos vivieran en épocas completamente diferentes o en tierras lejanas. Desde el momento en que abrió por primera vez la pesada puerta de aquella casa, Christian von Hohenesch había salido de las páginas de la gran novela *Orgullo y prejuicio*, de Jane Austen. Carl, por tanto, se alejaba de la mansión Pemberley en la comarca de Derbyshire en el siglo XVIII, cuyo propietario era Fitzwilliam Darcy, un caballero adinerado e inteligente que, a pesar de sus impecables modales, a menudo parecía un poco arrogante y arisco.

La razón de aquella peculiaridad era que siempre se le había dado muy mal recordar nombres, a no ser que pertenecieran a personajes de novela. Ya desde la escuela, cuando muchos profesores tenían motes, en su mayoría poco favorecedores, como Escobilla, Príncipe Morfina o Spucki, Carl les ponía otros: Ulises, Tristán o Gulliver. Al acabar el instituto, a diferencia de sus compañeros, no abandonó la costumbre de asignar apodos. Y así, el joven *punk* de uniforme raído con

el que siempre se topaba de camino a la librería durante su época de aprendiz, se convirtió en el buen soldado Švejk. La frutera a la que compraba las manzanas pasó a ser la reina de Blancanieves, aunque afortunadamente se abstuvo de envenenar la fruta.

En algún momento, se le ocurrió que su ciudad estaba poblada por figuras literarias; es más, que había un equivalente literario para cada habitante. En los años siguientes tuvo el privilegio de conocer a Sherlock Holmes, que dirigía la brigada de Homicidios de la ciudad, e incluso a *lady* Chatterley, que a menudo abría la puerta con un kimono finísimo y lo había tenido encandilado de joven. Ella no le correspondió: se fue de la ciudad con Adso de Melk. El capitán Ahab estaba obsesionado por un topo gigante que vivía en su jardín, al que no lograba dar caza. A Walter Faber, un ingeniero gravemente enfermo, Carl le llevó hasta su muerte libros sobre América del Sur. Y el conde de Montecristo vivía en una casa con ventanas enrejadas, que en su día había sido una cárcel que, de alguna extraña forma, mantenía a su nuevo dueño preso entre aquellas paredes.

Casi siempre se le ocurría un nombre literario adecuado antes de haber logrado retener el verdadero, como si su memoria tratara de protegerlo y evitara sobrecargarlo con asuntos profanos. Y desde el momento en que asignaba el nombre de un personaje, desaparecía el auténtico. En el camino de la retina al cerebro, las letras de Christian von Hohenesch, por ejemplo, se convertían milagrosamente en las de *mister* Darcy sin que Carl se diera cuenta. Solo en situaciones excepcionales, su cabeza se apiadaba de él y recordaba algún nombre mundano.

De todos modos, su cerebro ya no tenía que acordarse de muchas cosas.